

Fundamentos psicológicos de la moral II: **SIGMUND FREUD**

Extracto de “Historia del pensamiento filosófico y científico”
de G. Reale y D Antiseri

Capítulo XXXIII

SIGMUND FREUD Y EL DESARROLLO DEL MOVIMIENTO PSICOANALÍTICO

1. DE LA ANATOMÍA CEREBRAL A LA «CATARSIS HIPNÓTICA»

En el opúsculo “Para la historia del movimiento psicoanalítico” (1914), Freud escribió: «El psicoanálisis es una creación mía» Esta nueva ciencia creada por Freud y combatida al principio por la mayoría, y aún hoy por bastantes) se hallaba destinada a ejercer una enorme influencia a la vuelta de pocas décadas, un influjo cada vez más notable sobre la imagen del hombre, de sus actividades psíquicas y de sus productos culturales. No existe hecho humano que no se encuentre afectado y trastornado por la doctrina psicoanalítica: el niño se convierte en un «perverso polimorfo»; el «pecaminoso» sexo de la tradición se coloca en primer plano, con objeto de explicar la vida normal y, sobre todo, las enfermedades mentales; el «yo» y su desarrollo se enmarcan dentro de una nueva teoría; las enfermedades mentales se afrontan apelando a técnicas terapéuticas antes impensadas; los hechos del tipo de los sueños, los actos fallidos, los olvidos, etc. -considerados por lo general como hechos extraños, pero irrelevantes para la comprensión del hombre- se vuelven instrumentos que sirven para contemplar la profundidad humana; fenómenos como el arte, la moral, la religión e incluso la educación se ven iluminados por una luz que todavía hoy muchos califican de «perturbadora». Las costumbres se modifican debido a su choque con la teoría psicoanalítica, y los términos fundamentales que ésta utiliza (complejo de Edipo, represión, censura, sublimación, inconsciente, «superyó», transferencia, etc.) son ya parte integrante del lenguaje ordinario y, para bien o para mal, con más o menos propiedad, con razón



o sin ella- constituyen herramientas interpretativas del desarrollo más global de la existencia humana.

Nacido en el seno de una familia judía de Freiberg (Moravia), Sigmund Freud (1856-1939) se doctoró en medicina en Viena, en 1881, aunque «jamás hubiese sentido una especial propensión por la condición y el oficio médicos». Durante una temporada estudia anatomía cerebral. Sin embargo, para ganarse la vida, tuvo que dedicarse al estudio de las enfermedades nerviosas. En *Mi vida y el psicoanálisis* (1925) Freud escribe: «Atraído por la gran fama de Charcot, que había conseguido una enorme nombradía, tomé la decisión de dedicarme a la docencia en el terreno de las enfermedades nerviosas, por lo tanto, trasladarme a París durante un tiempo.» Charcot estaba convencido de que la histeria dependía de una alteración psicológica, y de que el enfermo podía volver al estado de normalidad a través de la sugestión en situación hipnótica. Asimismo pensaba que se podía provocar un ataque de histeria, mediante la hipnosis practicada sobre sujetos predispuestos. En 1889 Freud, con objeto de perfeccionar su técnica hipnótica, se desplaza a Nancy. Allí, narra Freud, «fui testigo de los extraordinarios experimentos de Bernheim sobre los enfermos del hospital». A un individuo en estado hipnótico Bernheim le ordena que le agrade una vez transcurrido un lapso determinado y que no comunique a nadie la orden que se le había dado. El sujeto, efectivamente, llevó a cabo lo que le había sido ordenado. Bernheim le preguntó la causa de su acto. Al principio, el sujeto contestó que no sabía explicar por qué, pero luego - ante la insistencia de Bernheim- afirmó que lo había hecho porque le había sido ordenado poco antes.

De regreso en Viena, Freud -junto con Josef Breuer- redacta en 1894 una memoria sobre un caso de histeria que Breuer había curado algunos años antes: «La paciente ofrecía un complejo cuadro de síntomas: parálisis con contracciones, inhibiciones y estados de confusión [...]. Sometiendo a la enferma a un profundo sueño hipnótico, [Breuer] le hacía manifestar qué era lo que en aquellos instantes oprimía su ánimo [...]. Por medio de tal procedimiento, Breuer había conseguido liberar a la enferma de todos sus síntomas, gracias a un prolongado y fatigoso trabajo.» En 1895 Breuer y Freud publican, basándose también en otras experiencias, los *Estudios sobre la histeria*, donde se afirma que el sujeto histérico en estado hipnótico vuelve al origen del trauma, ilumina aquellos puntos oscuros que han provocado la enfermedad a lo largo de su vida y que se hallan ocultos en lo profundo. De este modo se llega a la causa del mal, y mediante una especie de catarsis desaparece la perturbación. De este modo comienza la teoría psicoanalítica, que más adelante Freud desarrollará en escritos como *Tótem y tabú* (1913); *Más allá del principio de placer* (1920); *El «yo» y el «ello»* (1923); *Casos clínicos* (1924); *Psicología de las masas y análisis del «yo»* (1921); *El futuro de una ilusión* (1927), etc., además de aquellos que iremos citando en el texto del presente capítulo. Debido a su origen judío, Freud se vio obligado a abandonar Austria, invadida por los nazis, y a trasladarse a Inglaterra, donde murió en 1939 como consecuencia de un cáncer en el maxilar.

2. Del hipnotismo al psicoanálisis

A lo largo de sus estudios sobre la histeria, Freud no había caído en la cuenta de que en las neurosis no intervienen excitaciones afectivas de naturaleza genérica, «sino únicamente de carácter sexual, tratándose siempre de conflictos sexuales actuales o de repercusiones de acontecimientos del pasado». No obstante, el hipnotismo había revelado fuerzas y había hecho vislumbrar un mundo que se abría de este modo ante las investigaciones de Freud. Este se preguntaba: «¿cuál podía ser la razón por la que los pacientes habían olvidado tantos hechos de su vida anterior y exterior, y en cambio podían recordarlos todos cuando se les aplicaba la técnica antes descrita?» La observación de los enfermos sometidos a tratamiento brindaba una respuesta a dicho interrogante. «Todas las cosas olvidadas habían tenido, por algún motivo, un



carácter penoso para el sujeto, en la medida en que habían sido consideradas temibles, dolorosas y vergonzosas para las aspiraciones de su personalidad.» «Para traer de nuevo a la conciencia aquello que había sido olvidado, era necesario vencer en el paciente una resistencia a través de una continuada labor de exhortación y aliento.» Más adelante, como veremos enseguida, Freud se dará cuenta de que dicha resistencia habrá que superarla de otra manera (mediante la técnica de la asociación libre), pero mientras tanto había surgido la teoría de la represión. En cada ser humano intervienen tendencias, fuerzas o pulsiones que a menudo entran en conflicto. La neurosis aparece cuando el «yo» consciente bloquea el impulso y le niega el acceso «a la conciencia y a la descarga directa»: una resistencia reprime el impulso en la parte inconsciente de la psique. Sin embargo, «las tendencias reprimidas, al volverse inconscientes, podían obtener una descarga y una satisfacción substitutiva por vías indirectas, anulando así el propósito de la represión. En la histeria de conversión ese camino indirecto llevaba al ámbito de la inervación somática, y el impulso reprimido volvía a surgir en una parte cualquiera del cuerpo, creando aquellos síntomas que constituían, por lo tanto, el resultado de un compromiso; en efecto, constituían una satisfacción substitutiva, aunque deformada y desviada de sus fines debido a la resistencia del "yo"». Precisamente el descubrimiento de la represión fue lo que obligó a Freud a modificar el procedimiento terapéutico empleado junto con la práctica hipnótica: en la hipnosis se trata de descargar los impulsos que se habían internado por un camino erróneo. Ahora, en cambio, se hacía necesario «descubrir las emociones y eliminarlas por medio de una valoración que aceptase o condenase definitivamente aquello que había excluido el proceso de represión». Una vez substituida la práctica terapéutica, Freud también cambia el nombre del nuevo método de investigación y de curación, empleando por primera vez el nombre de «psicoanálisis» en lugar de «catarsis». Ahora, afirma Freud, «tomando como punto de partida la represión, podemos vincular con ella todos los elementos de la teoría psicoanalítica».

3. Inconsciente, represión, censura e interpretación de los sueños

Gracias al descubrimiento de las represiones patógenas y de otros fenómenos de los que hablaremos a continuación, «el psicoanálisis [...] se vio obligado [...] a tomarse en serio el concepto de inconsciente». En las neurosis lo inconsciente es lo que habla y se manifiesta. Más aún: para Freud «lo inconsciente es lo psíquico en sí mismo y su realidad esencial». De este modo, Freud invertía la ya consolidada y venerable noción que identificaba lo consciente con lo psíquico. Su anterior práctica hipnótica, los estudios sobre la histeria, el posterior descubrimiento de la represión y las investigaciones que Freud venía realizando sobre la génesis de las perturbaciones psíquicas y de las demás manifestaciones «no razonables» de la vida de las personas, le convencieron cada vez más de la realidad efectiva y determinante de lo inconsciente. Esto es lo que se halla tras nuestras fantasías libres; es lo que genera nuestros olvidos, lo que expulsa de nuestra conciencia nombre, personas, acontecimientos. ¿Cómo es que queríamos decir una cosa y nos sale otra? ¿Cómo es que pretendíamos escribir una palabra y escribimos otra? ¿Dónde estará la causa de estos actos fallidos, es decir, de nuestros errores involuntarios? ¿Acaso no surgen «de la contraposición de dos intenciones distintas», una de las cuales -justamente la inconsciente- es «más fuerte que nosotros? En Psicopatología de la vida cotidiana (1901), y luego en El chiste y su relación con lo inconsciente (1905), Freud ofrece brillantes análisis (que, sin embargo, los intérpretes consideran a menudo como muy discutibles) acerca de un conjunto de fenómenos (lapsus, distracciones, asociaciones inmediatas de ideas, errores de imprenta, extravío o rotura de objetos, chistes, amnesias, etc.) que la ciencia «exacta» jamás había tomado en serio, y en los cuales Freud demuestra la acción permanente de aquellos contenidos que la represión eliminó de la conciencia, ocultándolos en lo inconsciente, pero sin lograr reducirlos a la inactividad. Dicha acción de los contenidos reprimidos dentro de lo



inconsciente había sido demostrada por Freud unos años antes, en La interpretación de los sueños (1899). La antigüedad clásica consideraba que los sueños eran una profecía y la ciencia de la época de Freud los tomaba como supersticiones. Freud, sin embargo, quiso llevarlos al interior de la ciencia: «Parecía absolutamente imposible que alguien que hubiese llevado a cabo una labor científica pudiese dedicarse más tarde a hacer de intérprete de sueños. No obstante, sin tener en cuenta esa condenación del sueño; considerándolo en cambio como un síntoma neurótico no comprendido, de la misma clase que una idea delirante u obsesiva; prescindiendo de su contenido aparente y, por último, sometiendo a la asociación libre a cada uno de sus diversos elementos, se llegó a un resultado completamente distinto.» Tal resultado consistió en que en el sueño existe un contenido manifiesto (aquello que se recuerda y se relata, al despertarse) y un contenido latente (aquel sentido del sueño que el individuo no sabe reconocer: «¡esto no tiene ni pies ni cabeza!»). Este contenido latente «contiene el verdadero significado del sueño mismo, mientras que el contenido manifiesto no es más que una máscara, una fachada». El psicoanálisis también -y a menudo, ante todo- es un interpretador de sueños. Tiene que volver a recorrer el camino hacia el contenido latente del sueño, contenido que «siempre está lleno de significado», a partir del contenido manifiesto «que a menudo se muestra del todo insensato». La técnica analítica, apelando a las asociaciones libres, «permite descubrir aquello que está oculto». En las raíces ocultas de los sueños hallamos impulsos reprimidos que el sueño trata de satisfacer, debido a la menor vigilancia que ejerce el «yo» consciente durante el sueño: «el sueño [...] constituye la realización de un deseo», de un deseo que la conciencia considera censurable o vergonzoso, y que «se muestra propensa a repudiar con sorpresa o con indignación». Sin embargo, no debe creerse que la acción represora del «yo» cese completamente durante el sueño: «una parte de ella permanece activa, en cuanto censura onírica, y prohíbe al deseo inconsciente que se manifieste en la forma que le es propia». Con motivo del rigor de la censura onírica, «los contenidos oníricos latentes deben [...] someterse a modificaciones y a atenuaciones, que convierten en irreconocible el significado prohibido del sueño». Así se explican aquellas deformaciones oníricas a las cuales los sueños les deben sus típicos rasgos extravagantes. En conclusión: «el sueño es la realización (enmascarada) de un deseo (reprimido)». Lo que acabamos de exponer justifica el que, en opinión de Freud, «la interpretación de los sueños es [...] el camino privilegiado para conocer lo inconsciente, la base más segura de nuestras investigaciones [...]. Cuando se me pregunta cómo puede uno convertirse en psicoanalista, yo respondo: mediante el estudio de los propios sueños», afirma Freud.

4. La noción de «libido» y la sexualidad infantil

El tratamiento de las neurosis, la psicopatología de la vida cotidiana, la investigación sobre los chistes y la interpretación de los sueños conducen a Freud al mundo de lo inconsciente. Aquello que ocurre en la historia de un individuo -haya sido éste consciente de ello o no habiéndolo sospechado jamás- nunca desaparece. En la historia de nuestro planeta, las capas terrestres anteriores se van hundiendo pero no desaparecen, y los sucesivos estratos de una ciudad multiseccular continúan existiendo, aunque no sean visibles. Del mismo modo, la psique también se halla estratificada. El recuerdo, la equivocación, el olvido, los sueños y las neurosis hallan su explicación causal debido a pulsiones rechazadas y a los deseos reprimidos en lo inconsciente, pero no eliminados. Aquí se plantea un problema inevitable: ¿por qué se rechazan determinadas pulsiones? ¿Por qué determinados deseos y determinados recuerdos están a disposición de la conciencia, mientras que otros -al menos, en apariencia- parecen hallarse fuera



de su alcance y reprimidos en lo inconsciente? Según Freud, la razón está en que se trata de pulsiones y deseos en abierto contraste con los valores y las exigencias éticas que el individuo consciente proclama y considera como válidos. Cuando se da una incompatibilidad entre el «yo» consciente (sus valores, sus ideales, sus puntos de referencia, etc.) y determinadas pulsiones y determinados deseos, entonces entra en acción una especie de represión que arranca a la conciencia estas cosas «vergonzosas» e «inconfesables» y las hunde en lo inconsciente, donde una censura permanente se esfuerza porque no vuelvan a aflorar en la vida consciente.

Represión y censura entran en acción gracias a que deben actuar sobre recuerdos y deseos de naturaleza primordial y ampliamente sexual y por lo tanto sobre cosas «vergonzosas», que no hay que decir sino eliminar. Freud reconduce la vida humana a una libido originaria, es decir, a una energía conectada básicamente con el deseo sexual: «análoga al hambre en sentido general, la libido designa la fuerza a través de la cual se manifiesta el instinto sexual, al igual que el hambre designa la fuerza a través de la cual se manifiesta el instinto de absorción de alimentos». Los deseos procedentes del hambre y de la sed no son pecaminosos y no están reprimidos, mientras que las pulsiones sexuales sí se reprimen, para reaparecer más tarde en los sueños y en las neurosis. «El primer descubrimiento al que nos lleva el psicoanálisis es que, de forma habitual, los síntomas patológicos están ligados con la vida amorosa del enfermo; este descubrimiento [...] nos obliga a considerar que las perturbaciones de la vida sexual son una de las causas más importantes de la enfermedad.» Los establece, sin la menor intervención del médico, una intensa relación sentimental del paciente con la persona del analista». Dicho fenómeno fue llamado «transferencia». «Ocupa de inmediato, en el paciente, el lugar de su deseo de curación, y si se limita a ser afectuoso y mesurado, sirve de base a la influencia del médico, constituyendo un auténtico aguijón afectivo en el trabajo analítico compartido.» Sin embargo, también puede manifestarse mediante una hostilidad tal que «se configura como principal instrumento de la resistencia» y pone en peligro el resultado mismo del tratamiento. En cualquier caso, «sin transferencia, se vuelve imposible todo análisis». La transferencia es un fenómeno humano de carácter general. El analista lo advierte y lo aísla. «El analista hace que el enfermo se vuelva consciente de la transferencia, y ésta se resuelve cuando el paciente adquiere la convicción de que en su conducta, determinada por la transferencia, está reviviendo relaciones que provienen de sus cargas afectivas más antiguas, dirigidas hacia un objeto y pertenecientes al período reprimido de su infancia.» A través de esta labor, la transferencia se convierte en el mejor instrumento de la cura analítica, después de haber sido el arma más importante de la resistencia: «su utilización y su aprovechamiento constituyen en cualquier caso, la parte más difícil e importante de la técnica analítica».

5. La estructura del aparato psíquico: «ello», «yo» y «superyó»

Lo dicho hasta ahora permite deducir con facilidad la teoría del aparato psíquico propuesta por Freud. Dicho aparato está formado por el «ello», el «yo» y el «superyó». El «ello» (equivalente al id latino; Freud tomó este término de Georg Groddeck) es el conjunto de los impulsos inconscientes de la libido; es la fuente de energía biológico-sexual; es lo inconsciente amoral y egoísta. El «yo» es la fachada del «ello», su representante consciente, la punta consciente del iceberg que constituye el «ello». El «superyó» se forma hacia el quinto año de edad y distingue (en grado, pero no en naturaleza) al hombre del animal; es la sede de la conciencia moral y del sentimiento de culpa. El «superyó» nace en cuanto interiorización de la autoridad familiar, y a continuación se desarrolla como interiorización de las demás autoridades, como interiorización de los ideales, los valores y los modos de conducta propuestos por la sociedad, a través de una substitución de la autoridad de los padres por la de los educadores, maestros y modelos ideales. El «superyó» paterno se convierte en un superyó social. Por lo tanto,



el «yo» tiene que mediar entre el «ello» y el «superyó», entre las pulsiones del «ello», agresivas y egoístas, que tienden a una satisfacción total e irrefrenable, y las prohibiciones del «superyó» que impone todas las restricciones y las limitaciones de la moral y de la civilización. En otros términos, el individuo se halla bajo el impulso originario de una energía de tipo biológico-sexual. Estas fuerzas instintivas, sin embargo, están reguladas por dos principios: el de placer y el de realidad. A través del principio de placer, la libido tiende a buscar una satisfacción inmediata y total. Por este camino, no obstante, se encuentra con el censor representado por el principio de realidad, que obliga a las pulsiones egoístas, agresivas y autodestructivas a encauzarse por otros caminos, los caminos de la producción artística, de la ciencia, etc.: los caminos de la civilización. Sin embargo, a pesar de la represión ejercida por el principio de realidad, el instinto no desiste y no se da por vencido, buscando otros canales de satisfacción. En el caso de que no logre sublimarse a través de las obras de arte, resultados científicos, realizaciones tecnológicas, educativas, humanitarias, y si por otra parte los obstáculos con los que se encuentra se muestran sólidos e impermeables ante cualquier desviación substitutiva, el impulso del instinto se transforma en neurosis.

6. La lucha entre «Eros» y «Thanatos» y el malestar en la civilización

En realidad, la cuestión del instinto, de sus formas y de los principios que lo estructuran, constituyó una auténtica preocupación para Freud, que al final llegó a hablar de un «instinto de vida» o Eros y un «instinto de muerte» o Thanatos. El instinto de vida se expresa mediante el amor, la creatividad, espíritu constructivo. El instinto de muerte, mediante el odio y la destrucción. Se trata de un instinto poderoso, el hombre es un ser agresivo. «Homo homini lupus: ¿quién se atreverá a discutir esta afirmación, después de todas las experiencias de la vida y de la historia?», se pregunta Freud en *El malestar en la civilización* (1929). En el hombre hay una «agresividad cruel» que revela en él «una bestia salvaje, a la cual resulta ajeno el respeto a su propia especie». La realidad, en opinión de Freud, es que «debido a esta hostilidad primaria de los hombres entre sí, la sociedad incivilizada se ve continuamente amenazada de destrucción [...] para cada uno de nosotros llega el momento de abandonar como ilusiones ficticias aquellas esperanzas que cuando es joven deposita en sus propios semejantes, y de experimentar en qué medida la malevolencia de éstos convierte la vida en algo duro y oneroso». Por lo tanto, Freud no condena la civilización tout court, sino las represiones inútiles y excesivas, que son una fuente de angustia y de sufrimiento. Justamente para aliviar estos sufrimientos Freud ofrece, mediante su genealogía de la civilización, una mayor conciencia desmitificadora de los ideales y los valores, para que éstos, aunque sean necesarios para dominar el instinto de muerte, no se transformen en instrumentos de tortura para la vida de los individuos. El hombre renuncia a gran parte de su felicidad para hacer posible una vida social (la civilización) que no sea autodestructiva. «El "superyó" es el heredero del complejo de Edipo y el representante de las aspiraciones éticas del hombre.» El «superyó» obligó a Edipo a arrancarse los ojos. El trabajo de Freud tiende precisamente a esto: no a negar la civilización, sino a no permitir al «superyó» que arranque los ojos al nuevo Edipo, enloqueciendo al hombre y haciéndole la vida insoportable e inhumana. Es cierto que hay enfermedades (soportables) con las que el hombre debe aprender a coexistir, pero también es verdad que el hombre civilizado ha vendido la posibilidad de la felicidad «a cambio de un poco de seguridad». Lo importante es que la vida civilizada, en un desarrollo constante, resulte soportable. Al final de *El malestar en la civilización* Freud escribe: «El problema fundamental del destino de la especie humana me parece que es lo siguiente: si, y hasta qué punto, la evolución civil de los hombres logrará dominar las perturbaciones de la vida colectiva provocadas por su pulsión agresiva y autodestructora. [...] En el momento actual los hombres han ampliado tanto su propio poder sobre las fuerzas naturales que, aprovechándose de



ellas, les sería fácil exterminarse recíprocamente, hasta el último hombre. Lo saben, cosa que provoca gran parte de su presente inquietud, infelicidad y apresión. Cabe esperar que la otra de las "potencias celestiales", el Eros eterno, haga un esfuerzo para consolidarse en la lucha contra su adversario igualmente inmortal. Empero, ¿quién puede predecir si tendrá éxito y cuál será el resultado final?»

Agreguemos una última observación. Freud reconoce que su doctrina psicoanalítica manifiesta grandes coincidencias con la filosofía de Schopenhauer, «quien no sólo aceptó el primado de la afectividad y la extraordinaria importancia de la sexualidad, sino también el mecanismo de la represión». Sin embargo, señala Freud, se trata de una coincidencia pero no de influjos. Freud confiesa haber leído a Schopenhauer «en una época muy avanzada de la vida». Añade además: «Durante mucho tiempo evité leer a Nietzsche, otro filósofo cuyos presentimientos y cuyas intuiciones coinciden frecuentemente, de modo sorprendente, con los laboriosos resultados del psicoanálisis, ya que no me interesaba el tener una prioridad, sino el mantenerme libre de cualquier influencia.» Finalmente, por lo que respecta al marxismo, Freud no se muestra nada convencido de que dicha doctrina haya encontrado «el camino para liberarnos del mal». En efecto, «con la abolición de la propiedad privada se quita al humano deseo de agresión, uno de sus instrumentos, sin duda un instrumento poderoso, pero sin duda también, no el más fuerte».

Textos

Texto 1 "Obsesiones y fobias"

Observación número 11. Misofobia. -Una mujer, que se lavaba las manos cien veces al día, y por no tocarlos con ellas abría los pestillos de las puertas empujándolos con el codo. Rectificación. -Era el caso de lady Macbeth. Las abluciones tenían un carácter simbólico y se hallaban destinadas a sustituir por la pureza física la pureza moral, que la sujeto lamentaba haber perdido. Se atormentaba con el remordimiento de una infidelidad conyugal, cuyo recuerdo había decidido ahogar.
Obras Completas (p.1489)

Texto 2 "Totem y Tabú"

.....

2.1

Los aborígenes de Australia son considerados como una raza aparte, sin ningún parentesco físico ni lingüístico con sus vecinos más cercanos, los pueblos melanesios, polinesios y malayos. No construyen casas ni cabañas sólidas, no cultivan el suelo, no poseen ningún animal doméstico, ni siquiera el perro, e ignoran incluso el arte de la alfarería. Se alimentan exclusivamente de la carne de toda clase de animales y de raíces que arrancan de la tierra. No tienen ni reyes ni jefes, y los asuntos de la tribu son resueltos por la asamblea de los hombres adultos. Es muy dudoso que pueda atribírseles una religión rudimentaria bajo la forma de un culto tributado a seres superiores. Las tribus del interior del continente, que a consecuencia de la falta de agua



se ven obligadas a luchar contra condiciones de vida excesivamente duras, se nos muestran en todos los aspectos más primitivas que las tribus vecinas a la costa.

.....

2.2

No podemos esperar, ciertamente, que estos miserables caníbales desnudos observen una moral sexual próxima a la nuestra o impongan a sus instintos sexuales restricciones muy severas. Mas, sin embargo, averiguamos que se imponen la más rigurosa interdicción de las relaciones sexuales incestuosas. Parece que incluso toda su organización social se halla subordinada a esta intención o relacionada con la realización de la misma.

2.3

E. B. Taylor opina que la actitud de la suegra con respecto al yerno no es sino una forma del no reconocimiento (cutting) de este último por la familia de su mujer. El hombre es considerado como un extranjero hasta el nacimiento de su primer hijo. Salvo con relación a aquellos casos en los que, realizada esta condición, no termina la prohibición indicada, resulta inadmisibles esta interpretación de Taylor, pues no explica que haya habido necesidad de fijar de una manera precisa la naturaleza de las relaciones entre yerno y suegra, dejando, por tanto, a un lado el factor sexual y no teniendo en cuenta el sagrado temor que parece manifestarse en tales mandamientos prohibitivos. Una mujer zulú, preguntada por las razones de la prohibición, dio la siguiente respuesta, dictada por un sentimiento de delicadeza: «El hombre no debe ver los senos que han alimentado a su mujer». Sabido es que incluso en los pueblos civilizados constituyen las relaciones entre yerno y suegra uno de los lados más espinosos de la organización familiar. No existe ciertamente entre los pueblos blancos de Europa y de América prohibición alguna relativa a estas relaciones; pero se evitarían muchos conflictos y molestias si tales prohibiciones existieran, aun a título de costumbres, sin que determinados individuos se vieran obligados a establecerlas para su uso personal. Más de un europeo se sentirá inclinado a ver un acto de alta sabiduría en las prohibiciones opuestas por los pueblos salvajes a la relación entre dichas dos personas de parentesco tan cercano. No puede dudarse de que la situación psicológica del yerno y la suegra entraña algo que favorece la hostilidad y hace muy difícil su vida en común. La generalidad con la que se hace objeto preferente de chistes y burlas a estas relaciones constituiría ya una prueba de que entrañan elementos decididamente opuestos. A mi juicio, trátase aquí de relaciones «ambivalentes», compuestas a la vez de elementos afectuosos y elementos hostiles. Mas, ¿por qué dedicar nuestro interés a este enigma del tabú? A mi juicio, no sólo porque todo problema psicológico merece que se intente su solución, sino también por otras razones. Sospechamos, en efecto, que el tabú de los polinesios no nos es tan ajeno como al principio lo parece y que la esencia de las prohibiciones tradicionales y éticas, a las que por nuestra parte obedecemos, pudiera poseer una cierta afinidad con este tabú primitivo, de manera que el esclarecimiento del mismo habría, quizá, de proyectar alguna luz sobre el oscuro origen de nuestro propio «imperativo categórico».



Texto 3 “El porvenir de una ilusión”

3.1

La cultura humana, repetimos, muestra como es sabido, al observador dos distintos aspectos. Por un lado, comprende todo el saber y el poder conquistados por los hombres para llegar a dominar las fuerzas de la Naturaleza y extraer los bienes naturales con que satisfacer las necesidades humanas, y por otro, todas las organizaciones necesarias para regular las relaciones de los hombres entre sí y muy especialmente la distribución de los bienes naturales alcanzables. Estas dos direcciones de la cultura no son independientes una de otra; en primer lugar, porque la medida en que los bienes existentes consienten la satisfacción de los instintos ejerce profunda influencia sobre las relaciones de los hombres entre sí; en segundo, porque también el hombre mismo, individualmente considerado, puede representar un bien natural para otro en cuanto éste utiliza su capacidad de trabajo o hace de él su objeto sexual. Pero, además, porque cada individuo es virtualmente un enemigo de la civilización, a pesar de tener que reconocer su general interés humano. Se da, en efecto, el hecho singular de que los hombres, no obstante, serles imposible existir en el aislamiento, sienten como un peso intolerable los sacrificios que la civilización les impone para hacer posible la vida en común. Así, pues, la cultura ha de ser defendida contra el individuo, y a esta defensa responden todos sus mandamientos, organizaciones e instituciones, los cuales no tienen tan sólo por objeto efectuar una determinada distribución de los bienes naturales, sino también mantenerla e incluso defender contra los impulsos hostiles de los hombres los medios existentes para el dominio de la Naturaleza y la producción de bienes. Las creaciones de los hombres son fáciles de destruir, y la ciencia y la técnica por ellos edificadas pueden también ser utilizadas para su destrucción. Obras Completas (p.2761)

.....

3.2

A mi juicio, ha de contarse con el hecho de que todos los hombres integran tendencias destructoras -antisociales y anticulturales- y que en gran número son bastante poderosas para determinar su conducta en la sociedad humana. Obras Completas (p.2760)

.....

3.3

Mientras que en el dominio de la Naturaleza ha realizado la Humanidad continuos progresos y puede esperarlos aún mayores, no puede hablarse de un progreso análogo en la regulación de las relaciones humanas, y probablemente en todas las épocas, como de nuevo ahora, se han preguntado muchos hombres si esta parte de las conquistas culturales merece, en general, ser defendida. Puede creerse en la posibilidad de una nueva regulación de las relaciones humanas, que cegaré las fuentes del descontento ante la cultura, renunciando a la coerción y a la yugulación de los instintos, de manera que los hombres puedan consagrarse, sin ser perturbados por la discordia interior, a la adquisición y al disfrute de los bienes terrenos. Esto sería la edad de oro, pero es muy dudoso que pueda llegarse a ello. Parece, más bien, que toda la civilización ha de basarse sobre la coerción y la renuncia a los instintos ... Obras Completas (p.2761)



3.4

Lo decisivo está en si es posible aminorar, y en qué medida, los sacrificios impuestos a los hombres en cuanto a la renuncia a la satisfacción de sus instintos, conciliarlos con aquellos que continúen siendo necesarios y compensarles de ellos. El dominio de la masa por una minoría seguirá demostrándose siempre tan imprescindible como la imposición coercitiva de la labor cultural, pues las masas son perezosas e ignorantes, no admiten gustosas la renuncia al instinto, siendo útiles cuantos argumentos se aduzcan para convencerlas de lo inevitable de tal renuncia, y sus individuos se apoyan unos a otros en la tolerancia de su desenfreno. Obras Completas (p.2761)

.....

3.5

En resumen: el hecho de que sólo mediante cierta coerción puedan ser mantenidas las instituciones culturales es imputable a dos circunstancias ampliamente difundidas entre los hombres: la falta de amor al trabajo y la ineficacia de los argumentos contra las pasiones.

.....

3.6

La conclusión de que toda cultura reposa en la imposición coercitiva del trabajo y en la renuncia a los instintos, provocando, por consiguiente, la oposición de aquellos sobre los cuales recaen tales exigencias, nos hace ver claramente que los bienes mismos, los medios para su conquista y las disposiciones para su distribución no pueden ser el contenido único, ni siquiera el contenido esencial de la cultura, puesto que se hallan amenazados por la rebeldía y el ansia de destrucción de los partícipes de la misma. Al lado de los bienes se sitúan ahora los medios necesarios para defender la cultura; esto es, los medios de coerción y los conducentes a reconciliar a los hombres con la cultura y a compensarles sus sacrificios. Estos últimos medios constituyen lo que pudiéramos considerar como el patrimonio espiritual de la cultura. Obras Completas (p.2764)

.....

3.7

Podemos indicar aquí uno de tales progresos anímicos. Una de las características de nuestra evolución consiste en la transformación paulatina de la coerción externa en coerción interna por la acción de una especial instancia psíquica del hombre, el super-yo, que va acogiendo la coerción externa entre sus mandamientos. En todo niño podemos observar el proceso de esta transformación, que es la que hace de él un ser moral y social. Este robustecimiento del super-yo es uno de los factores culturales psicológicos más valiosos. Aquellos individuos en los cuales ha tenido efecto cesan de ser adversarios de la civilización y se convierten en sus más firmes substratos. Cuanto mayor sea su número en un sector de cultura, más segura se hallará ésta y antes podrá prescindir de los medios externos de coerción. La medida de esta asimilación de la coerción externa varía mucho según el instinto sobre el cual recaiga la prohibición